

Ernesto Che Guevara poemas y cuentos

COLECCIÓN
MEMORIA
VIVA



inti
Edit

poemas
y cuentos

Ernesto Che Guevara



© Movimiento Guevarista Bolivia
movguevarista@gmail.com

Primera edición boliviana, junio 2020

Edición al cuidado de
Javier Larraín Parada

Diseño de portada
Karina Acuña Nogales

Diseño y diagramación
Boris Ríos Brito

Editorial IntiEdit
editorial.inti@gmail.com

Ernesto Che Guevara

poemas
ycuentos



Nota editorial

Indómito, confrontador, persistente, duro, crítico, revolucionario y profundamente humano, Ernesto Che Guevara es de esos personajes que recorren el mundo como un espectro del comunismo, de superación de la humanidad y posibilidad de una transformación profunda y radical.

Che, que no vacilaba en enfrentar al peligro, aunque reservado en lo personal, era un apasionado de la poesía y de la literatura en general, que lo acompañó desde su niñez hasta su último respiro, por lo que la escritura no le fue ajena en ámbitos teóricos y políticos, como en poemas y cuentos.

Es por esto que, en el 92 aniversario de su natalicio (14 de junio 1928), para entender a ese hombre desde su intimidad y su integralidad, que predicaba con el ejemplo y hacía de su albedrío un instrumento creador, entregamos al/la lector/a la presente obra que recopila de varias fuentes los escritos poéticos y de cuentos que el Che fuera dejando a lo largo de su vida.

Lxs Editorxs

“Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo.”

Ernesto Che Guevara

Poemas

A los mineros de Bolivia

En un 9 de abril

Es el trueno y se desboca
con inimitable fragor.

Cien y mil truenos estallan,
y es profunda su canción.

Son los mineros que llegan,
son los mineros del pueblo,
los hombres que se encandilan
cuando salen al sol,
y que dominan el trueno
y aman su recio fragor.

¿Que la metralla los siega
y la dinamita
estalla
y sus cuerpos se disfunden (sic)
en partículas de horror,
cuando llega alguna bala hasta el ígneo cinturón?
¡QUÉ IMPORTA!;

Es el trueno y se desboca
con inimitable fragor.

Cien mil truenos estallan,
y es profunda su canción.

Por la boca del trueno
se oye volar el valor.

Son los mineros de acero,
son el pueblo y su dolor.

Salen de una caverna
colgada en la montaña.
Son enjambres de topos
que llegan a morir
sin miedo a la metralla.

Morir, tal la palabra
que es norte de sus días;
morir despedazado,
morir de silicosis,
morir lenta agonía
en la cueva derrumbada.

[1953]

¿Qué más da?

María Bárzola los guía
y hay resortes que impulsan
a los topos combatientes:

Son mujeres no-mujeres
que duermen en sus camas,
son niños esqueletos
que maman de esas mamas;
es el hombre y la miseria,
la sed de justicia humana,
las que impulsan al combate
a la fiera grey armada.

Ellos lanzan a Bolivia,
desde su muerte ignorada,
la anunciaron de un futuro que la vida
les cobrara.

«Cuando caigan los barones
que el estaño fabricó
y el pueblo diga: “son míos”,
sobre los campos yermos,
callarán estos fusiles,
callará también el trueno,

no sonará el pututu
ni se oirán nuevos lamentos,
y las espaldas felices
se doblarán bajo el peso
que pesa todo lo nuestro».

M.I.O.

[1953-1954]

España en América

¿Recuerdas, Guatemala,
esos días de julio del año 36?

Claro que sí.

En tu pétreo esqueleto,
en tus venas cantarinas,
en tu cabellera verde,
en tu volcánico seno
lo recuerdas.

Como a mí, con mi memoria de niño
succionando el pasado,
aflora a tu recuerdo invertebrado
de democracia en pañales,
el tableteo lejano de la infamia.

Tus viejos poetas lo recuerdan,
tus jóvenes vates lo adivinan:
en Granada y en la noche sin aurora
el plomo brotaba de las manos
que llorando balas ahogaban
la voz del Rey de los gitanos.

Todos tus cantores lo recuerdan.
Granada, Bananera,
nombres frescos de frutas sacarinas.
Granada, Bananera,
símbolos trágicos del hombre en el ocaso.
Allí, en Europa, los que «tienen
–por eso no lloran–
de plomo las calaveras».
Aquí, en América, los que se venden,
–por lo que den–
al dólar de la frutera.

No pudieron desmenuzar poetas,
pero con granadas abrieron
–como granadas frutas sacarinas–
el pecho de los hijos de tu pueblo.
El delito de ser libres los llevó hasta el cementerio.
El delito de ser hombres los puso entre los
muertos
y los títeres gritaban,
mataban, escarnecían,
con la voz y con la acción
de «mamita compañía».

Castillo Armas aquí
allá se llamó Franco.
Dos nombres y el pueblo ensangrentado,
y un grito que cementa el viejo abrazo.
¿Y Chamberlain, Hitler, Mussolini?
Murieron, mas sus hijos proliferan.
El gran retoño en que perdura el Eje

es un venerable abuelo de lustrosa calva,
evangélica sentencia y puñal aleve.
Venera antepasados con religiosa unción
y enciende cirios ante el jefe de su clan,
el mítico personaje esclavizador;
el Señor monopolio.

Y Chamberlain, ¿no tuvo hijos?
¡Ay, los tuvo!
Ay, su pútrido esperma
germinó en América.
Vargas y Pinillas se llaman los traidores
que la faz de los pueblos
mancharon de vergüenza.
(No hablemos de Gálvez ni Somoza,
viejos receptáculos de mierda).
En sus manos tienen sangre americana
Y en la cara escupitajo
de los hijos de Brasil, de Colombia,
de Honduras, Nicaragua y Guatemala.
«Anticípole defensa del mundo occidental».
«Jamás olvidaré al glorioso general».

¡Cómo aúllan los chacales en la noche!
¡Cómo azuza el abuelo a sus coyotes!
Mas la historia consumió decenios
enseñando la meta a donde lleva el miedo.

Ni Hitler ni Mussolini tienen tumbas
ni flores que jalonan el recuerdo.
Abre los ojos la mitad del mundo
la otra mitad está despierto.

Guernica, Chiquimula,
bombas que enlazan democracias hermanas.

Hermanas en los muertos inocentes,
hermanas en la sangre derramada,
hermanas en la impotencia desesperada.

Guatemala, tu pueblo despierta
como despertó en Madrid
y, de México a Argentina,
tus latinas hermanaste nombran su adalid.

Guatemala, Guatemala,
¡esperanza de América!

Llama a los pueblos, te dirán «presente».
Juntos castigaremos el puñal atómico
y encenderemos su propio polvorín,
y el continente entero admirará sonriendo
la llamarada roja que esperaba el pueblo.

M.I.O.

[Junio de 1954]

Una lágrima hacia ti

Ay, Guatemala
yo prepararé mi sangre en batallones rojos
para regarla entera sobre la tierra santa.
¡La conservo intacta
en mi purpúrea alcurnia de soldado ileso!

Silencios de derrota atisban mis insomnios.
Los siento, en resabios de miel amarga,
pringando mis acciones de recelo.

Haz caído, Guatemala.
Guía, esperanza, ejemplo de América, has caído.
¡Titán de cenizas!
¡Desintegrada imagen de la fe vencida!

El polvo que la ruina anuncia
en los aires grises va formando nubes.
Allá en los horizontes, se confunden
con las nubes negras que provocan cascadas
de centauros-pulpos de prosapia rubia.
Vienen sedientos a tu fresca savia;
la tomarán a sorbos, «por la democracia».

Mis ojos no pueden seguir siempre secos
cuando están tan húmedos los de tu pueblo.

El pueblo llora, Guatemala, pero cree.
Llora pero sabe que el porvenir es fiel.

Por aquel que no murió en la hora del combate
(ese mismo que ahora muere sin cielo por testigo);
por el que escapó a la muerte y la encontró de
nuevo;
por el dolor de dejarte y el de haberte perdido;
por la enorme lágrima que llora el pueblo;
por el porvenir;
por ti y por mí;
Guatemala, hoy que me alejo,
envío esta lágrima esperanzada y doliente
a dialogar futuros con tu pueblo inerme.

M.I.O.

[Septiembre de 1954]

Invitación al camino

Para Helena Leivat

Hermana, falta mucho para llegar al triunfo

Hermana, falta mucho para llegar al triunfo.
El camino es largo y el presente incierto;
¡el mañana es nuestro!
No te quedes a la vera del camino.
Sacia tus pies en este polvo eterno.

Conozco tu cansancio y tu desazón tan grandes;
sé que en el combate se opondrá tu sangre
y sé que morirías antes que dañarla;
A la reconquista ven, no a la matanza.

Si desdeñas el fusil, empuña la fe;
si la fe te falla, lanza un sollozo;
si no puedes llorar, no llores,
pero avanza, compañera,
aunque no tengas armas y se niegue el norte.

No te invito a regiones de ilusión,
no habrá dioses, paraísos, ni demonios
—tal vez la muerte oscura sin que una cruz la
marque—

Ayúdanos hermana, que no te frene el miedo,
¡vamos a poner en el infierno el cielo!

No mires a las nubes, los pájaros o el viento;
nuestros castillos tienen raíces en el suelo.
Mira el polvo, la tierra tiene
la injusticia hambrienta de la esencia humana.
Aquí este mismo infierno es la esperanza.

No te digo allí, detrás de esa colina;
no te digo allá, donde se pierde el polvo;
no te digo, de hoy, a tantos días visto...
Te digo: ven, dame tu mano cálida
—esa que conocen mis enjugadas lágrimas—
Hermana, madre, compañera... ¡CAMARADA!
este camino conduce a la batalla.

Deja tu cansancio, deja tus temores,
deja tus pequeñas angustias cotidianas.
¿Qué importa el polvo acre?, ¿qué importan los
 escollos?
¿Qué importa que tus hijos no escuchen el
 llamado?
A su cárcel de green-backs vamos a buscarlos.
Camarada, sígueme; es la hora de marchar...

[Diciembre de 1954]

Uaxactún... dormida

A Morley, el desconocido y venerado amigo

Uaxactún, la de grises ensueños,
voz escondida detrás del misterio;
bella durmiente de los bosques nuestros;
he venido a besarte los ruedos,
o la verde maraña del pelo,
o el aire que mide el silencio.
Uaxactún, Uaxactún.

Yo sé que tu muerte es invento del blanco:
te dormiste cansada de andar por los siglos,
compañera sola del monte infinito.

Adivino el comienzo del sueño,
cuando lanzaste tus glóbulos pardos
–retoños del bronce– al fluir de los vientos,
Uaxactún, Uaxactún.

Imitando en atávico gesto
La dispersión que allende los mares
nos enviara el asiático ancestro.
Y cuando lanzaste tu grito de adiós

despidiendo al abuelo del abuelo
del quetzalíneo Tecum.
Uaxactún, Uaxactún.

Y cuando cerraste tus ojos de templos,
y cuando cruzaste tus brazos de estelas
(detenidos relojes que duermen el tiempo).
Más tu embrujada quietud y el silencio
Cederán al influjo de un príncipe bello
que «levántate y anda» te ordene en un beso.
Uaxactún, Uaxactún.

Ya se oye en tu sueño de siglos
el trinar de aurorales alondras,
anunciando el final de la noche
cuando tus nuevos retoños de bronce
se bañan al sol que alumbrá SUS tierras.

UAXACTÚN

UAXACTÚN

Es el final del sueño:
se anuncia el príncipe;
deviene el pueblo
con pífanos y tamboriles,
sembrando ejemplos rojos
en el corazón de América.

M.I.O.

[1954-1956]

Encallado navío...

Encallado navío,
te entrego mi canción de despedida.

[1954-1956]

Y sembrada en la sangre...

Y sembrada en la sangre de mi muerte lejana
con raíces mudables bajo un tiempo de piedra,
¡Soledad! flor nostálgica de vivientes paredes,
Soledad de mi tránsito detenido en la tierra.

[1954-1956]

Quise llevar en la maleta...

Quise llevar en la maleta
el sabor fugaz de tus entrañas
y quedó en el aire circular y cierto,
el insulto a lo viril de mi esperanza.

Ya me voy por caminos más largos que el
recuerdo
con la hermética soledad del peregrino,
pero, circular y cierto, a mi costado
algo marca el compás de mi destino.

Cuando al final de todas las jornadas
ya no tenga un futuro hecho camino,
vendré a reverdecirme en tu mirada
ese riente jirón de mi destino.

Me iré por caminos más largos que el recuerdo
eslabonando adioses en el fluir del tiempo.

[1954-1956]

De pie el recuerdo...

De pie el recuerdo caído en el camino,
cansado de seguirme sin historia,
olvidado en un árbol del camino.

Iré tan lejos que el recuerdo muera
destrozado en las piedras del camino
seguiré siendo el mismo peregrino
de pena adentro y la sonrisa fuera.

Esa mirada circular y fuerte
en un mágico pase de muleta
esquivó en mi ansia toda meta
convirtiéndome en vector de la tangente.

Y no quise mirar para no verte,
sonrosado torero de mi dicha,
invitarme con aire displicente.

[1954-1956]

El mar me llama...

El mar me llama con su amistosa mano.
Mi prado –un continente–
se desenrosca suave e indeleble
como una campana en el crepúsculo.

[1954-1956]

La ciencia que muestra...

La ciencia que muestra un microscopio negro
es un médico almidonado frente a una
registradora.

El arte..., todo lo que el arte muestra
es la estéril mecánica de una Leica.

Un indio cargado de penas y temores (y también
de añoranzas
por aquello que fue aunque no fuera
y cuyo retorno anhela),
una sonrisa estúpida de coca, alcohol y hambre.

Un sexo vendido al peso
—muy barato en América—.

Un recuerdo indiferente de glándulas vacías.

Guatemala, que me dejaste
una amplia herida en el flanco
y una mujer que encuentra en sus pesares
la oportunidad de succionarlas y succionarme,
un vago sentimiento de sollozo dilapidado.

Y hay un hilo que une, una a una, las cuitas:
es el grito del hombre que despierta.

[1954-1956]

Así cuando este día...

Así cuando este día con mano temblorosa
pongo mi prisma en un registro ambiguo.

Con el sabor extraño de fruto encajonado
antes de consumir la madurez al árbol.

A veces no percibo su llamado
desde mi alada torre de viejo solitario,
pero hay días que siento despertar al sexo
y voy a la hembra, a mendigar un beso;
y sé entonces que jamás besaré el alma
de quien no logre llamarme camarada...

Sé que los perfumes de valores puros
llenarán mi mente de fecundas alas,
sé que dejaré los agnósticos placeres,
de copular ideas sin funciones prácticas.

Sé que el día del combate a muerte
hombros del pueblo apoyarán mis hombros,
que si no veo la total victoria
de la causa porque lucha el pueblo,
será porque caí en la brega
por llevar la idea hasta un fin supremo,

lo sé con la certeza de la fe que nace
quitando del plumaje el cascarón antiguo.

[1954-1956]

Autorretrato oscuro

De una joven nación de raíces de hierba
(raíces que niegan la rabia de América)
vengo a ustedes, hermanos nortños.

Cargado de gritos de desaliento y de fe,
vengo a ustedes, hermanos nortños,
vengo de donde venimos los "homo sapiens",
devoré kilómetros en ritos trashumantes;
con mi materia asmática que cargo como una cruz
y en la entraña extraña de metáfora inconexa.

La ruta fue muy larga y muy grande la carga,
persiste en mí el aroma de los pasos vagabundos
y aún en el naufragio de mi ser subterráneo
—a pesar de que se anuncian orillas salvadoras—
nado displicente contra la resaca,
conservando intacta la condición de náufrago.

Estoy solo frente a la noche inexorable
y a cierto dejo dulzón de los billetes.
Europa me llama con voz de vino añejo,
aliento de carne rubia, objetos de museo.

Y en la clarinada alegre de países nuevos
yo recibo de frente el impacto difuso

de la canción, de Marx y Engels,
que Lenin ejecuta y entonan los pueblos.

[1954-1956]

Y aquí

“Soy mestizo”, grita un pintor de paleta
encendida,
“soy mestizo”, me gritan los animales
perseguidos,
“soy mestizo”, claman los poetas peregrinos,
“soy mestizo”, resume el hombre que me
encuentra
en el diario dolor de cada esquina,
y hasta el enigma pétreo de la raza muerta
acariciando una virgen de madera dorada:
“es mestizo este grotesco hijo de mis entrañas”.

Yo también soy mestizo en otro aspecto:
en la lucha en que se unen y repelen
las dos fuerzas que disputan mi intelecto,
las fuerzas que me llaman sintiendo de mis
vísceras
el sabor extraño de fruto encajonado
antes de lograr su madurez de árbol.

Me vuelvo en el límite de la América hispana
a saborear un pasado que engloba el continente.
El recuerdo se desliza con suavidad indeleble
con el lejano tañir de una campana.

[1954-1956]

Despedida a Tomás

A ti, encallado amigo,
hacia las aguas quietas
del arrecife blanco
donde te amarra tu sueño de náufrago,
va mi canción de despedida.

Hoy he despertado
con afán de alas en las jarcias,
y tiendo velas inalámbricas
navegando hacia el puerto de la hora
marcado por la brújula indolente.

Hoy estiro mi lenguaje al viento
para estrechar tus palabras
y llevarme algo de tu lamento tierno
a compartir asombros
que ya estoy viviendo.

Se fue ya la primavera
que fertiliza tu almohada;
no es por mi partida
sino por tu nave que ya no navega.

Te comprendo, golondrina truncada.
Quisiera llevarte a la fuente Castalia
o darte elixir de iguales poderes;
y aunque soy un médico asomado a las cosas
que no las transforma y apenas comprende.
Tengo no obstante una fórmula mágica
—creo que la aprendí en una mina de Bolivia,
o tal vez chilena, peruana o mexicana,
o en el destroncado imperio de Sonora,
o en un puerto negro del Brasil africano,
o tal vez en cada punto una palabra—.

La fórmula es sencilla:
No te ocupes del cerco, ataca el arrecife,
une tus manos jóvenes a la piedra anciana
y dale en tu pulso a los rojos corales palpitantes
en diminutas ondas cotidianas.

Un día, aunque mi recuerdo sea una vela
más allá del horizonte
y tu recuerdo sea una nave
encallada en mi memoria,
se asomará la aurora a gritar con asombro
viendo a los rojos hermanos del horizonte
marchando alegres hacia el porvenir.
Ellos, como los males, quietos terribles y blancos,
como la noche sorprendida al revés.

Y entonces, poeta blancuzco de cuatro paredes,
serás el cantor del universo;
entonces, poeta trágico, delicado, enfermo,
serás un robusto poeta del pueblo.

[1954-1956]

Canto al Nilo

Enorme es tu pasado
insumiso mar de dos mareas.
Tu sinfonía de inquietos cocodrilos
dio marco al monolítico arquitecto;
las plegarias del hombre labraron su futuro
a partir del concepto que aprendiste de la vida,
tu sangre legamosa
llenó las tierras de blancos trinos vegetales;
tu mecanismo de cósmico impulso
llevó al África a través de las eras
desde antes que a los toros venerara.

Pero cuánto dormiste;
cuarenta siglos fueron hasta el grito del coraje
que sólo estremeciera tu músculo atrevido.

Si hoy le canto al ayer de muerta piedra
y convoco los recuerdos de Tebas,
es que el presente aflora en tu pasado,
es que vive en la presa de Asuán
y en Suez reconquistado.
Canto al nuevo grito de tu garganta sonora,
al hondo retumbar de las pisadas solemnes
uniendo su destino en el polvo del desierto.

Canto a la mano sobria que estrecha su certeza
con la certeza inculta del último beduino.
Va el canto hacia los hijos que defienden tu suelo
con los firmes morteros de los rifles del pueblo.

(¿Alguien puede afirmar sin sonrojarse
el triunfo de la fuerza sobre la fe del hombre?)

Te admiro y te presiento en mis almas
sustanciales
con toda tu justicia de arteria nutritiva,
te quiero porque hermano mi aurora con tu
aurora
y en mis carnes se adentra la feroz mordedura
de coloniales fauces
(decadentes mandíbulas celadoras de Israel)
y retumba en mis sienes, en el clásico son,
el eco de las bombas que caen sobre tu hermano
rectilíneo y sosegado hermano artificial,
sin doblegar tu cielo de impávidas alburas.

Hoy que mi patria está llena de jalones huecos
y yo inicio mi pistola en hazañas menores,
tu epopeya acicatea mis ideales
espuela de la lucha nos recuerda
badajo de la fuera más sublime.
Si tu impulso no emerge en las riberas del Plata
y es vano tu ejemplo para ahuyentar su modorra,
llevaré mis pupilas cargadas de tu esperma
para derramarlas sobre la tierra en derrota.
Al fin,

¿alguien puede afirmar sin sonrojarse
el triunfo de la espada sobre la fe del hombre?

[1954-1956]

Palenque

Algo queda vivo en tu piedra,
hermana de las verdes alboradas
tu silencio
escandaliza las tumbas reales.
te hiere el corazón la piqueta indiferente
de un sabio de gafas aburridas
y te golpea el rostro la procaz ofensa
del estúpido “¡oh!” de un gringo turista.
Pero tienes algo vivo.

Yo no sé qué es,
la selva te ofrenda un abrazo de troncos
y aún la misericordia araña de sus raíces.
Un zoólogo enorme muestra el alfiler
donde prenderá tus templos para el trono,
y tú no mueres todavía.

¿Qué fuerza te mantiene
más allá de los siglos
viva y palpitante como en la juventud?
¿Qué dios sopla, al final de la jornada
el hálito vital en tus estelas?
¿Será el sol jocundo de los trópicos?
¿Por qué no lo hace en Chichén-Itzá?

¿Será el abrazo jovial de la floresta
o el canto melodioso de los pájaros?
¿Y por qué duerme más hondo a Quiriguá?
¿Será el tañir del manantial sonoro
golpeando entre los riscos de la sierra?
Los incas han muerto, sin embargo.

[1954-1956]

La Vieja María

Vieja María, vas a morir,
quiero hablarte en serio:

Tu vida fue un rosario completo de agonías,
no hubo hombre amado, ni salud, ni dinero,
apenas el hambre para ser compartida;
quiero hablar de tu esperanza,
de las tres distintas esperanzas
que tu hija fabricó sin saber cómo.

Toma esta mano de hombre que parece de niño
en las tuyas pulidas por el jabón amarillo.
Restriega tus callos duros y los nudillos puros
en la suave vergüenza de mis manos de médico.

Escucha, abuela proletaria:
cree en el hombre que llega,
cree en el futuro que nunca verás.

Ni reces al dios inclemente
que toda una vida mintió tu esperanza.
Ni pidas clemencia a la muerte
para ver crecer a tus caricias pardas;
los cielos son sordos y en ti manda el oscuro;

sobre todo tendrás una roja venganza,
lo juro por la exacta dimensión de mis ideales
tus nietos todos vivirán la aurora,
muere en paz, vieja luchadora.

Vas a morir vieja María;
treinta proyectos de mortaja
dirán adiós con la mirada,
el día de estos que te vayas.

Vas a morir vieja María,
quedarán mudas las paredes de la sala
cuando la muerte se conjugue con el asma
y copulen su amor en tu garganta.

Esas tres caricias construidas de bronce
(la única luz que alivia tu noche),
esos tres nietos vestidos de hambre,
añorarán los nudos de los dedos viejos
donde siempre encontraban alguna sonrisa.
Eso será todo, vieja María.

Tu vida fue un rosario de flacas agonías,
no hubo un hombre amado, salud, alegría,
apenas el hambre para ser compartida,
tu vida fue triste, vieja María.

Cuando el anuncio de descanso eterno
enturbia el dolor de tus pupilas,
cuando tus manos de perpetua fregona
absorban la última ingenua caricia,

piensas en ellos... y lloras,
pobre vieja María.

¡No, no lo hagas!
No ores al dios indolente
que toda una vida mintió tu esperanza
ni pidas clemencia a la muerte,
tu vida fue horriblemente vestida de hambre,
acaba vestida de asma.

Pero quiero anunciarte,
en voz baja y viril de las esperanzas,
la más roja y viril de las venganzas
quiero jurarlo por la exacta
dimensión de mis ideales.

Toma esta mano de hombre que parece de niño
entre las tuyas pulidas por el jabón amarillo,
restriega los callos duros y los nudillos puros
en la suave vergüenza de mis manos de médico.

Descansa en paz, vieja María,
descansa en paz, vieja luchadora,
tus nietos todos vivirán la aurora,
LO JURO.

[1954-1956]

Canto a Fidel

Vámonos,
ardiente profeta de la aurora,
por recónditos senderos inalámbricos
a liberar el verde caimán que tanto amas.

Vámonos,
derrotando afrentas con la frente
plena de martianas estrellas insurrectas,
juremos lograr el triunfo o encontrar la muerte.

Cuando suene el primer disparo y se despierte
en virginal asombro la manigua entera,
allí, a tu lado, serenos combatientes,
nos tendrás.

Cuando tu voz derrame hacia los cuatro vientos
reforma agraria, justicia, pan, libertad,
allí, a tu lado, con idénticos acentos,
nos tendrás.

Y cuando llegue al final de la jornada
la sanitaria operación contra el tirano,
allí, a tu lado, aguardando la postrer batalla,
nos tendrás.

El día que la fiera se lama el flanco herido
donde el dardo nacionalizador le dé,
allí, a tu lado, con el corazón altivo,
nos tendrás.

No pienses que puedan menguar nuestra
entereza
las doradas pulgas armadas de regalos,
pedimos un fusil, sus balas y una peña.
Nada más.

Y si en nuestro camino se interpone el hierro,
pedimos un sudario de cubanas lágrimas
para que se cubran los guerrilleros huesos
en el tránsito a la historia americana.
Nada más.

[1954-1956]

Mi única en el mundo

A hurtadillas extraje de la alacena de Hickmet
este solo verso enamorado,
para dejarte la exacta dimensión de mi cariño.

No obstante,
en el laberinto más hondo del caracol taciturno
se unen y repelen los polos de mi espíritu:
tú y todos.

Los todos me exigen la entrega total,
¡que mi sola sombra oscurezca el camino!

Mas, sin burlar las normas del amor sublimado
le guardo escondida en mi alforja de viaje.

(Te llevo en mi alforja de viajero insaciable como
al pan nuestro de todos los días.)

Salgo a edificar las primaveras de sangre y
argamasa

y dejo en el hueco de mi ausencia,
este beso sin domicilio conocido.

Pero no me anunciaron la plaza reservada
en el desfile triunfal de la victoria

y el sendero que conduce a mi camino
está nimbado de sombras agoreras.

Si me destinan al oscuro sitial de los cimientos,
guárdalo en el archivo nebuloso del recuerdo;
úsalo en noches de lágrimas y sueños...

Adiós, mi única,
no tiembles ante el hambre de los lobos
ni en el frío estepario de la ausencia;
del lado del corazón te llevo
y juntos seguiremos hasta que la ruta se esfume...

[1965-1966]

Cuentos

La piedra

Me lo dijo como se deben decir estas cosas a un hombre fuerte, a un responsable, y lo agradecí. No me mintió preocupación o dolor y traté de no mostrar ni lo uno ni lo otro. ¡Fue tan simple!

Además había que esperar la confirmación para estar oficialmente triste. Me pregunté si se podía llorar un poquito. No, no debía ser, porque el jefe es impersonal; no es que se le niegue el derecho a sentir, simplemente, no debe mostrar que siente lo de él; lo de sus soldados, tal vez.

–Fue un amigo de la familia, le telefonearon avisándole que estaba muy grave, pero yo salí ese día.

–Grave, ¿de muerte?

–Sí.

–No dejes de avisarme cualquier cosa.

–En cuanto lo sepa, pero no hay esperanzas. Creo.

Ya se había ido el mensajero de la muerte y no tenía confirmación. Esperar era todo lo que cabía. Con la noticia oficial decidiría si tenía derecho o no a mostrar mi tristeza. Me inclinaba a creer que no.

El sol mañanero golpeaba fuerte después de la lluvia. No había nada extraño en ello; todos los días llovía y después salía el sol y apretaba y expulsaba la humedad. Por la tarde, el arroyo sería otra vez cristalino, aunque ese día no había caído mucha agua en las montañas; estaba casi normal.

—Decían que el 20 de mayo dejaba de llover y hasta octubre no caía una gota.

—Decían... pero dicen tantas cosas que no son ciertas.

—¿La naturaleza se guiará por el calendario? No me importaba si la naturaleza se guiaba o no por el calendario. En general, podía decir que no me importaba nada de nada, ni esa inactividad forzada, ni esta guerra idiota, sin objetivos. Bueno, sin objetivo no; solo que estaba tan vago, tan diluido, que parecía inalcanzable, como un infierno surrealista donde el eterno castigo fuera el tedio. Y, además, me importaba. Claro que me importaba.

Hay que encontrar la manera de romper esto, pensé. Y era fácil pensarlo; uno podía hacer mil planes, a cual más tentador, luego seleccionar los mejores, fundir dos o tres en uno, simplificarlo, verterlo al papel y entregarlo. Allí acababa todo y había que empezar de nuevo. Una burocracia más inteligente que lo normal; en vez de archivar, lo desaparecían. Mis hombres decían que se lo fumaban, todo pedazo de papel puede fumarse, si hay algo dentro.

Era una ventaja, lo que no me gustara podía cambiarlo en el próximo plan. Nadie lo notaría. Parecía que eso seguiría hasta el infinito.

Tenía deseos de fumar y saqué la pipa. Estaba, como siempre, en mi bolsillo. Yo no perdía mis pipas, como los soldados. Es que era muy importante para mí tenerla. En los caminos del humo se puede remontar cualquier distancia, diría que se pueden creer los propios planes y soñar con la victoria sin que parezca un sueño; solo una realidad vaporosa por la distancia y las brumas que hay siempre en los caminos del humo. Muy buena compañera es la pipa; ¿cómo perder una cosa tan necesaria? Qué brutos.

No eran tan brutos; tenían actividad y cansancio de actividad. No hace falta pensar entonces y ¿para qué sirve una pipa sin pensar? Pero se puede soñar. Sí, se puede soñar, pero la pipa es importante cuando se sueña a lo lejos; hacia un futuro cuyo único camino es el humo o un pasado tan lejano que hay necesidad de usar el mismo sendero. Pero los anhelos cercanos se sienten con otra parte del cuerpo, tienen pies vigorosos y vista joven; no necesitan el auxilio del humo. Ellos la perdían porque no les era imprescindible, no se pierden las cosas imprescindibles.

¿Tendría algo más de ese tipo? El pañuelo de gasa. Eso era distinto; me lo dio ella por si me herían en un brazo, sería un cabestrillo amoroso. La dificultad estaba en usarlo si me partían el carapacho. En realidad había una solución fácil, que me lo pusiera en la cabeza para aguantarme la quijada y me iría con él a la tumba. Leal hasta en la muerte. Si quedaba tendido en un monte o me recogían los otros no habría pañuelito de gasa; me

descompondría entre las hierbas o me exhibirían y tal vez saldría en el *Life* con una mirada agónica y desesperada fija en el instante del supremo miedo. Porque se tiene miedo, a qué negarlo.

Por el humo, anduve mis viejos caminos y llegué a los rincones íntimos de mis miedos, siempre ligados a la muerte como esa nada turbadora e inexplicable, por más que nosotros, marxistas-leninistas explicamos muy bien la muerte como la nada. Y, ¿qué es esa nada? Nada. Explicación más sencilla y convincente imposible. La nada es nada; cierra tu cerebro, ponle un manto negro, si quieres, con un cielo de estrellas distantes, y esa es la nada-nada; equivalente: infinito.

Uno sobrevive en la especie, en la historia, que es una forma mistificada de vida en la especie; en esos actos, en aquellos recuerdos. ¿Nunca has sentido un escalofrío en el espinazo leyendo las cargas al machete de Maceo?: eso es la vida después de la nada. Los hijos; también. No quisiera sobrevivirme en mis hijos: ni me conocen; soy un cuerpo extraño que perturba a veces su tranquilidad, que se interpone entre ellos y la madre.

Me imaginé a mi hijo grande y ella canosa, diciéndole, en tono de reproche: tu padre no hubiera hecho tal cosa, o tal otra. Sentí dentro de mí, hijo de mi padre yo, una rebeldía tremenda. Yo hijo no sabría si era verdad o no que yo padre no hubiera hecho tal o cual cosa mala, pero me sentiría vejado, traicionado por ese recuerdo de yo padre que me refregaran a cada instante por la cara. Mi hijo debía ser un hombre; nada más, me-

jor o peor, pero un hombre. Le agradecía a mi padre su cariño dulce y volandero sin ejemplos. ¿Y mi madre? La pobre vieja. Oficialmente no tenía derecho todavía, debía esperar la confirmación.

Así andaba, por mis rutas del humo cuando me interrumpió, gozoso de ser útil, un soldado.

—¿No se le perdió nada?

—Nada —dije, asociándola a la otra de mi ensueño.

—Piense bien.

Palpé mis bolsillos; todo en orden.

—Nada.

—¿Y esta piedrecita? Yo se la vi en el llavero.

—Ah, carajo.

Entonces me golpeó el reproche con fuerza salvaje. No se pierde nada necesario, vitalmente necesario. Y, ¿se vive si no se es necesario? Vegetativamente sí, un ser moral no, creo que no, al menos.

Hasta sentí el chapuzón en el recuerdo y me vi palpando los bolsillos con rigurosa meticulosidad, mientras el arroyo, pardo de tierra montañera, me ocultaba su secreto. La pipa, primero la pipa; allí estaba. Los papeles o el pañuelo hubieran flotado. El vaporizador, presente; las plumas aquí; las libretas en su forro de nylon, sí; la fosforera, presente también, todo en orden. Se disolvió el chapuzón.

Solo dos recuerdos pequeños llevé a la lucha; el pañuelo de gasa, de mi mujer, y el llavero con la piedra, de mi madre, muy barato este, ordinario; la piedra se despegó y la guardé en el bolsillo.

¿Era clemente o vengativo, o solo impersonal como un jefe, el arroyo? ¿No se llora porque no se debe o porque no se puede? ¿No hay derecho a olvidar, aun en la guerra? ¿Es necesario disfrazar de macho al hielo?

Qué sé yo. De veras, no sé. Solo sé que tengo una necesidad física de que aparezca mi madre y yo reclino mi cabeza en su regazo magro y ella me diga: «mi viejo», con una ternura seca y plena y sentir en el pelo su mano desmañada, acariciándome a saltos, como un muñeco de cuerda, como si la ternura le saliera por los ojos y la voz, porque los conductores rotos no la hacen llegar a las extremidades. Y las manos se estremecen y palpan más que acarician, pero la ternura resbala por fuera y las rodea y uno se siente tan bien, tan pequeñito y tan fuerte. No es necesario pedirle perdón; ella lo comprende todo; uno lo sabe cuando escucha ese «mi viejo»...

—¿Está fuerte? A mí también me hace efecto; ayer casi me caigo cuando me iba a levantar. Es que no lo dejan secar bien, parece.

—Es una mierda, estoy esperando el pedido a ver si traen picadura como la gente. Uno tiene derecho a fumarse aunque sea una pipa, tranquilo y sabroso, ¿no?...

[1965]

La duda

«No. Al toro sí que no...»

Apenas con una vaga inquietud escondida en lo más hondo, que dejaba aflorar sin trabas su sonrisa confiada, observaba la escena.

Miraba al toro bravo de tarros amenazantes; él no conocía otra limitación de la libertad que la vara tenue del pastor y ahora pateaba el suelo yermo, asombrado y doloroso. Se le adivinaba cómo la furia le iba ganando y estaba presto a atacar.

Tenía que reconocerse a sí mismo que deseaba ver al soldado rodando por tierra, con un poco de sangre en el cuerpo. No es que le deseara algo malo, completamente, pero debía haber una definición ya.

El soldado sonreía, respirando confianza por todos los poros. Lo miró con tal aire de burla que le penetró el corazón.

Tiro a tiro está. Uno basta.

Estos hombres eran negros, pero eran distintos. Uno adivinaba que se sentían superiores, como si el viaje de sus antepasados por el océano les hubiera dado una fuerza nueva, un conocimiento

superior de las cosas del mundo. Eso estaba bien, el comisario repetía siempre que hay que atender al progreso y a la ciencia para construir el mundo nuevo, pero ¿por qué ignorar así la antigua sabiduría de los montes? ¿Cómo podían reírse y desdeñar las fuerzas que los hacían invulnerables a las balas enemigas?

Sintió una pequeña comezón en la cicatriz y se rascó ligeramente, como queriendo apartar ese recuerdo inoportuno. El que lo rodeaba insistía con su presencia terca y se rascó más fuerte, contoneando con precaución la cicatriz que aún dolía.

Tenía vergüenza de confesarlo, al principio, pero creyó que era más noble decirlo, todos inculpaban al Muganga, amenazadores, y él lo confesó y pidió que los otros confesaran.

En realidad el miedo le había comenzado antes de llegar a la posición. La selva tiene muchos ruidos extraños, siniestros. Uno no sabe si es una fiera que va a saltar de pronto, o una serpiente, o algún espíritu del bosque. Y, además, el enemigo esperando al final del camino.

Recordó la angustia que le subía en olas a la garganta mientras la claridad anunciaba el alba... y el temblor de todo su cuerpo, que él le atribuía al frío, pero sabía que no era el frío, mientras la espera los abrumaba y ya no sabía si era más grande el temor al combate o a la espera.

La ráfaga se elevó rojiza sobre las trincheras donde debía estar el enemigo antes de que sintiera el tableteo; luego el infierno desencadenado y la curiosa sensación de no tener miedo. El tem-

blor se había marchado sin que él se diera cuenta y veía con orgullo cómo sus ráfagas cortas salían derechitas del fusil y no hacían ese arco grotesco —como un techo en la cabeza del enemigo— que observaba por todos los contornos.

«Tiran cerrando los ojos, no han aprendido nada», pensó.

Después oyó un silbido suave y un estruendo ampuloso, como si se quebrara la tierra, una nube de humo y polvo, y otra, y otra. Miró a su izquierda, tras la última explosión, más cercana que las anteriores, y vio a su compañero tendido en una pose extraña: una mano estaba aprisionada por el cuerpo y se movía queriendo liberarse, marcando un compás extraño, idéntico al de la cabeza doblada sobre el pecho.

Alcanzó a vislumbrar a la luz del amanecer unos ojos espesos, como de chivo degollado. Observó que, a cada movimiento, salía un chorrito de sangre debajo del mentón, y que la sangre formaba una mancha en la tierra y se pegaba a la barba rala como el pelo del chivo...

Fue entonces que volvió el temblor, pero distinto. Antes era como una competencia con su voluntad; ahora parecía tener resortes que lo impulsaban a correr... Y recuerda que no se acordó del fusil, y solo trató de huir, de alejarse del infierno y salvar la vida, y parecía que los árboles lo rechazaban o lo sujetaban con sus ramas prensiles, para arrebatárselo a la vida, y la sinfonía espeluznante de las balas, y el chasquido extraño... Porque al principio solo fue un chasquido, como de algo

que saliera desde su cuerpo; no lo relacionó ni siquiera con la caída, que atribuyó a las ramas del árbol enemigo.

Solo se dio cuenta que estaba herido cuando trató de volver a correr. Esa era la parte más tenebrosa de sus recuerdos. Hasta allí había corrido a la misma velocidad que su miedo, se fundía con él en uno, y no lo sentía tanto. Ahora el miedo se le adelantaba y corría entre la maraña de la selva, pero no quería seguir solo y volvía y lo halaba; entonces sentía toda la angustia de esa disociación y trataba de caminar, para caer con un gemido. Pero el miedo se cansó de esperarlo y huyó solo, dejándolo ahí tirado en el sendero borroso, gimiendo solamente, con una calma atormentada y mustia, porque ya el miedo se había ido.

En el soldado que apuntaba al toro bravo con insolencia de conquistador no podía reconocer a ese ser humano, a ese amigo, a ese hermano que lo ayudó a salir del infierno. Cómo se contraía aquella cara noble cuando una sombra de su propia tribu pasaba por al lado sin volver la cabeza, sin ayudarlo, y cómo se le adivinaban las palabras soeces, hijas de una bella furia, tras las cortinas herméticas de ese hablar bárbaro.

Pero era una contracción tan distinta a esa que tenía ahora bajo el sol poderoso. El hermano se había convertido en conquistador y los miraba desde lo alto de una montaña lejana, como un dios o un demonio.

Y sí era verdad que la *Dawa* protegía; mientras él había podido dominar el miedo, no le pasó

nada, y solo fue herido cuando huía, presa del pánico. Le indignaba que sus compañeros fueran tan falaces como para negar eso y achacarlo todo a la ineficacia del Muganga.

Era cierto que ni la oportunidad de tocar una mujer hubo, y se podía admitir la honradez de los muertos, pero el miedo, ¿no existió acaso? Y bien lo sabían todos: si se toca mujer, se toma un objeto que no nos pertenece, o se tiene miedo, la *Dawa* pierde eficacia.

Él había sido el único con valor suficiente para decirlo ante la turba encrespada: había tenido miedo. Ellos también lo habían sentido, debían reconocerlo.

Recordaba con fastidio el gesto de iracundia contenida que hacía aquel hombrecito herido en el cuello. ¡Con qué vehemencia hipócrita negaba su miedo! Con qué irreverencia acusaba al Muganga de fante, sin mover su cabeza, que parecía retenida por dos manos poderosas, mientras sus ojos le relumbraban.

Se sentía satisfecho de haber impuesto disciplina por su sola confesión y su actitud. Y los extranjeros, que no alardearan tanto, que también en otro combate habían tenido muertos y heridos, solo que su *Dawa* debía ser más poderosa porque no necesitaban hacérsela ante cada combate. Y eran egoístas; negaban, con una sonrisa, el tenerla. Al propio comandante se la negaron; él oyó cuando este le pedía humildemente al jefe de los extranjeros, y este se reía como si le hubieran hecho un cuento gracioso y farfullaba en su me-

dia lengua un no sé qué de conciencia y de internacionalismo y todos somos hermanos... sí, muy hermanos, pero no soltaban su *Dawa*.

Lo del pollo lo confundía un poco. El Muganga (otro nuevo, porque a aquel el comandante cometió la debilidad de quitarlo) había preparado todo con esmero y asegurado que era invulnerable. Al primer tiro había sido muerto, bien muerto, y se lo habían comido los extranjeros ante la mirada escandalizada de los combatientes.

Pero ahora, ese toro, ¡si enganchara entre sus tarros al insolente y le mostrara el poder de la *Dawa*! O, al menos, si huyera indemne. Porque era demasiado desagradecido desearle mal al hermano que lo había sacado del combate cuando todos corrían, y organizado su traslado al hospital.

Tenía malos recuerdos del hospital; primero, esos médicos blancos que se reían porque la bala había penetrado por las nalgas, como si él pudiera elegir por dónde lo iban a herir. Y luego reían con más alegría cuando les contó que lo habían herido porque tuvo miedo. Esos blancos sí eran antipáticos; por su color y su ciencia se sentían capaces de reír de todo, superiores a todo lo que los rodeaba.

Hubo un momento en que sintió deseos de haberse quedado muerto allí donde lo sorprendió la bala. Al menos no hubiera soportado esas humillaciones. Pero, ¿qué hubiera sido del Muganga entonces?

El hombrecito del tiro en el cuello quería que lo mataran y hubieran sido capaces de hacerlo si no interviene él. Estaba bien que hubiera vivido; en

definitiva, había que ser honesto y reconocer que tener miedo es malo.

Pero el hombrecito del tiro en el cuello decía que él había visto correr despavoridos a muchos y no les había pasado nada. Y los más cobardes, los que se quedaron atrás sin participar, estaban sanos y salvos. Él decía que decía que no había tenido miedo y que la herida era de mortero (porque la tenía en el cuello, pero atrás, en la nuca). Los blancos decían que no parecía herida de mortero, pero el hombrecito argumentaba que la bala lo había traspasado; sin embargo, su herida era solo en la nuca, si hubiera sido de bala le hubiera reventado la cabeza.

Argumentaba mucho el hombrecito del tiro en el cuello, parecía que hubiera aprendido con los blancos. Se sentía incómodo cuando él hablaba. Decía, por ejemplo: «Si la *Dawa* no protege a los que tienen miedo, y todos tenemos miedo, ¿para qué sirve?»

Él replicaba que había que tener fe en la *Dawa*, y el hombrecito respondía que no, que la *Dawa* debía dar esa fe, si no no servía.

Hablaba mucho el hombrecito del tiro en el cuello, pero se quedó en el hospital, no quiso volver al frente. Cuando se despidió, él le hizo sentir su cobardía al quedarse, era como una venganza...

El estampido lo sacó de las brumas, lo sacudió todo, porque no lo esperaba. El toro miró estúpidamente, recostó sus rodillas en tierra y comenzó

a temblar, mientras unos ojos sin brillo se quedaban fijos en él.

«Igual que el chivo... y que el otro», pensó.

Sintió apenas la palmada sobadora del extranjero, pero sí su risa estridente, hiriente como un cuchillo. Una gran somnolencia lo embargó; no tenía ganas de pensar en nada.

Mientras caminaban juntos, el Muganga le explicaba que los extranjeros eran buenos amigos, estaba demostrado.

Lo miró con sorpresa. El Muganga, paternalmente, le explicó que la *Dawa* preserva de los enemigos, pero nunca del arma del amigo, por eso el toro había muerto y quedaba demostrada la amistad de los extranjeros.

Ante las explicaciones, el muchacho sintió que algo se descontraía dentro de él y le quitaba un peso grande que llevaba; pero ya más nítido, aunque sin forma definida, se agitaba en lo hondo, sin dejar que el peso se fuera definitivamente, un monstruo nuevo e insaciable: la duda.

[1965]

Anexos

El cachorro asesinado

Para las difíciles condiciones de la Sierra Maestra, era un día de gloria por Agua Revés, uno de los valles más empinados e intrincados en la cuenca del Turquino, seguíamos pacientemente la tropa de Sánchez Mosquera; el empecinado asesino dejaba un rastro de ranchos quemados, de tristeza hosca por toda la región pero su camino lo llevaba necesariamente a subir por uno de los dos o tres puntos de la sierra donde debía atacar Camilo. Podía ser en el firme de la Nevada o en lo que nosotros llamábamos el firme “del cojo”, ahora llamado “del muerto”.

Camilo había salido apresuradamente con unos doce hombres, parte de su vanguardia, y ese escaso número debía repartirse en tres lugares diferentes para detener una columna de ciento y pico de soldados. La misión mía era caer por las espaldas de Sánchez Mosquera y cercarlo. Nuestro afán fundamental era el cerco, por eso seguíamos con mucha paciencia y a distancia las tribulaciones de los bohíos que ardían entre las llamas de la retaguardia enemiga; estábamos lejos, pero se oían los gritos de las guardias. No sabíamos cuántos de ellos habría en total. Nuestra columna iba caminando dificultosamente por las laderas,

mientras en lo hondo del estrecho valle avanzaba el enemigo.

Todo hubiera estado perfecto si no hubiera sido por la nueva mascota: era un pequeño perrito de caza, de pocas semanas de nacido. A pesar de las reiteradas veces en que Félix lo conminó a volver a nuestro centro de operaciones —una casa donde quedaban los cocineros—, el cachorro siguió detrás de la columna. En esa zona de la Sierra Maestra, cruzar por las laderas resulta sumamente dificultoso por la falta de senderos. Pasamos una difícil “pelúa”, un lugar donde los viejos árboles de la “tumba” —árboles muertos— estaban tapados por la nueva vegetación que había crecido y el paso se hacía sumamente trabajoso; saltábamos entre troncos y matorrales tratando de no perder el contacto con nuestros huéspedes. La pequeña columna marchaba con el silencio de estos casos, sin que apenas una rama rota quebrara el murmullo habitual del monte. Éste se turbó de pronto por los ladridos desconsolados y nerviosos del perrito. Se había quedado atrás y ladraba desesperadamente llamando a sus amos para que lo ayudaran en el difícil trance. Alguien pasó al animalito y otra vez seguimos; pero cuando estábamos descansando en lo hondo de un arroyo con un vigía atisbando los movimientos de la hueste enemiga, volvió el perro a lanzar sus histéricos aullidos; ya no se conformaba con ladrar, tenía miedo de que lo dejaran y ladraba desesperadamente.

Recuerdo mi orden tajante: “Félix ese perro no da un aullido más, tú te encargas de hacerlo.

Ahórcalo. No puede volver a ladrar". Félix me miró con unos ojos que no decían nada. Entre toda la tropa extenuada, como haciendo el centro del círculo, estaban él y el perrito. Con toda lentitud sacó una soga, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco extinguiéndose al compás de un quejido muy fino que podía burlar el círculo atenazante de la garganta. No sé cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte.

Seguimos la marcha sin comentar siquiera el incidente. La tropa de Sánchez Mosquera nos había tomado alguna delantera y poco después se oían unos tiros; rápidamente bajamos la ladera, buscando entre las dificultades del terreno el mejor camino para llegar a la retaguardia; sabíamos que Camilo había actuado. Nos demoró bastante llegar a la última casa antes de la subida; íbamos con muchas precauciones, imaginando a cada momento encontrar al enemigo. El tiroteo había sido nutrido pero no había durado mucho, todos estábamos en tensa expectativa. La última casa estaba abandonada también. Ni rastro de la soldadera. Dos exploradores subieron el firme "del cojo", y al rato volvían con la noticia: "Arriba había una tumba. La abrimos y encontramos un casquito enterrado". Traían también los papeles

de la víctima hallados en los bolsillos de su camisa. Había habido lucha y una muerte. El muerto era de ellos, pero no sabíamos nada más.

Volvimos desalentados, lentamente. Dos exploraciones mostraban un gran rastro de pasos, para ambos lados del firme de la Maestra, pero nada más. Se hizo lento el regreso, ya por el camino del valle.

Llegamos por la noche a una casa, también vacía; era en el caserío de Mar Verde, y allí pudimos descansar. Pronto cocinaron un puerco y algunas yucas y al rato estaba la comida. Alguien cantaba una tonada con una guitarra, pues las casas campesinas se abandonaban de pronto con todos sus enseres dentro.

No sé si sería sentimental la tonada, o si fue la noche, o el cansancio... Lo cierto es que Félix, que comía sentado en el suelo, dejó un hueso. Un perro de la casa vino mansamente y lo cogió. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró, Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con mirada mansa, picaresca con algo de reproche, aunque observándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado.

[1963]

La Habana, 12 de abril de 1960
Año de la Reforma Agraria

Sr. Ernesto Sabato
Santos Lugares, Argentina

Estimado compatriota:

Hace ya quizás unos quince años, cuando conocí a un hijo suyo, que ya debe estar cerca de los veinte, y a su mujer, por aquel lugar creo que llamado Cabalango, en Carlos Paz, y después, cuando leí su libro *Uno y el universo*, que me fascinó, no pensaba que fuera Ud. –poseedor de lo que para mí era lo más sagrado del mundo, el título de escritor– quien me pidiera con el andar del tiempo una definición, una tarea de reencuentro, como Ud. llama, en base de una autoridad abonada por algunos hechos y muchos fenómenos subjetivos.

Fijaba estos relatos preliminares solamente para recordarle que pertenezco, a pesar de todo, a la tierra donde nací y que aún soy capaz de sentir profundamente todas sus alegrías, todas sus desesperanzas y también sus decepciones.

Sería difícil explicarle por qué “esto” no es Revolución Libertadora; quizás tendría que decirle que le vi las comillas a las palabras que Ud. denuncia en los mismos días de iniciarse, y yo identifiqué aquella palabra con lo mismo que había acontecido en una Guatemala que acaba de abandonar, vencido y casi decepcionado. Y, como yo, éramos todos los que tuvimos participación primera en esta aventura extraña y los que fuimos

profundizando nuestro sentido revolucionario en contacto con las masas campesinas, en una honda interrelación, durante dos años de luchas crueles y de trabajos realmente grandes.

No podíamos ser “libertadora” porque no éramos parte de un ejército plutocrático sino éramos un nuevo ejército popular, levantado en armas para destruir al viejo; y no podíamos ser “libertadora” porque nuestra bandera de combate no era una vaca sino, en todo caso, un alambre de cerca latifundiaria destrozado por un tractor, como es hoy la insignia de nuestro INRA. No podíamos ser “libertadora” porque nuestras sirvienticas lloraron de alegría el día que Batista se fue y entramos en La Habana y hoy continúan dando datos de todas las manifestaciones y todas las ingenuas conspiraciones de la gente “Country Club” que es la misma gente “Country Club” que Ud. conociera allá y que fueran a veces sus compañeros de odio contra el peronismo.

Aquí la forma de sumisión de la intelectualidad tomó un aspecto mucho menos sutil que en la Argentina. Aquí la intelectualidad era esclava a secas, no disfrazada de indiferente, como allá, y mucho menos disfrazada de inteligente; era una esclavitud sencilla puesta al servicio de una causa de oprobio, sin complicaciones; vociferaban, simplemente. Pero todo esto es nada más que literatura. Remitirlo a Ud., como lo hiciera Ud. conmigo, a un libro sobre la ideología cubana, es remitirlo a un plazo de un año adelante; hoy puedo mostrar apenas, como un intento de teorización de esta

Revolución, primer intento serio, quizás, pero sumamente práctico, como son todas nuestras cosas de empíricos inveterados, este libro sobre la *Guerra de Guerrillas*. Es casi como un exponente pueril de que sé colocar una palabra detrás de otra; no tiene la pretensión de explicar las grandes cosas que a Ud. inquietan y quizás tampoco pudiera explicarlas ese segundo libro que pienso publicar, si las circunstancias nacionales e internacionales no me obligan nuevamente a empuñar un fusil (tarea que desdeño como gobernante pero que me entusiasma como hombre gozoso de la aventura). Anticipándole aquello que puede venir o no (el libro), puedo decirle, tratando de sintetizar, que esta Revolución es la más genuina creación de la improvisación.

En la Sierra Maestra, un dirigente comunista que nos visitara, admirado de tanta improvisación y de cómo se ajustaban todos los resortes que funcionaban por su cuenta a una organización central, decía que era el caos más perfectamente organizado del universo. Y esta Revolución es así porque caminó mucho más rápido que su ideología anterior. Al fin y al cabo Fidel Castro era un aspirante a diputado por un partido burgués, tan burgués y tan respetable como podía ser el partido radical en la Argentina; que seguía las huellas de un líder desaparecido, Eduardo Chibás, de unas características que pudiéramos hallar parecidas a las del mismo Irigoyen; y nosotros, que lo seguíamos, éramos un grupo de hombres con poca preparación política, solamente una carga

de buena voluntad y una ingénita honradez. Así vinimos gritando: “en el año 56 seremos héroes o mártires”. Un poco antes habíamos gritado o, mejor dicho, había gritado Fidel: “vergüenza contra dinero”. Sintetizábamos en frases simples nuestra actitud simple también.

La guerra nos revolucionó. No hay experiencia más profunda para un revolucionario que el acto de la guerra; no el hecho aislado de matar, ni el de portar un fusil o el de establecer una lucha de tal o cual tipo, es el total del hecho guerrero, el saber que un hombre armado vale como unidad combatiente, y vale igual que cualquier hombre armado, y puede ya no temerle a otros hombres armados. Ir explicando nosotros, los dirigentes, a los campesinos indefensos cómo podían tomar un fusil y demostrarle a esos soldados que un campesino armado valía tanto como el mejor de ellos, e ir aprendiendo cómo la fuerza de uno no vale nada si no está rodeada de la fuerza de todos; e ir aprendiendo, asimismo, cómo las consignas revolucionarias tienen que responder a palpitantes anhelos del pueblo; e ir aprendiendo a conocer del pueblo sus anhelos más hondos y convertirlos en banderas de agitación política. Eso lo fuimos haciendo todos nosotros y comprendimos que el ansia del campesino por la tierra era el más fuerte estímulo de la lucha que se podría encontrar en Cuba. Fidel entendió muchas cosas más; se desarrolló como el extraordinario conductor de hombres que es hoy y como el gigantesco poder aglutinante de nuestro pueblo. Porque Fidel, por sobre

todas las cosas, es el aglutinante por excelencia, el conductor indiscutido que suprime todas las divergencias y destruye con su desaprobación. Utilizado muchas veces, desafiado otras, por dinero o ambición, es temido siempre por sus adversarios. Así nació esta Revolución, así se fueron creando sus consignas y así se fue, poco a poco, teorizando sobre hechos para crear una ideología que venía a la zaga de los acontecimientos. Cuando nosotros lanzamos nuestra Ley de Reforma Agraria en la Sierra Maestra, ya hacía tiempo se habían hecho repartos de tierra en el mismo lugar. Después de comprender en la práctica una serie de factores, expusimos nuestra primera tímida ley, que no se aventuraba con lo más fundamental como era la supresión de los latifundistas.

Nosotros no fuimos demasiado malos para la prensa continental por dos causas: la primera, porque Fidel Castro es un extraordinario político que no mostró sus intenciones más allá de ciertos límites y supo conquistarse la admiración de reporteros de grandes empresas que simpatizaban con él y utilizan el camino fácil en la crónica de tipo sensacional; la otra, simplemente porque los norteamericanos que son los grandes constructores de test y de raseros para medirlo todo, aplicaron uno de sus raseros, sacaron su puntuación y lo encasillaron. Según sus hojas de testificación donde decía: “nacionalizaremos los servicios públicos”, debía leerse: “evitaremos que eso suceda si recibimos un razonable apoyo”; donde decía: “liquidaremos el latifundio” debía leerse: “uti-

lizaremos el latifundio como una buena base para sacar dinero para nuestra campaña política, o para nuestro bolsillo personal”, y así sucesivamente. Nunca les pasó por la cabeza que lo que Fidel Castro y nuestro Movimiento dijeran tan ingenua y drásticamente fuera la verdad de lo que pensábamos hacer; constituimos para ellos la gran estafa de este medio siglo, dijimos la verdad aparentando tergiversarla. Eisenhower dice que traicionamos nuestros principios, es parte de la verdad; traicionamos la imagen que ellos se hicieron de nosotros, como en el cuento del pastorcito mentiroso, pero al revés, tampoco se nos creyó. Así estamos ahora hablando un lenguaje que es también nuevo, porque seguimos caminando mucho más rápido que lo que podemos pensar y estructurar nuestro pensamiento, estamos en un movimiento continuo y la teoría va caminando muy lentamente, tan lentamente, que después de escribir en los poquísimos este manual que aquí le envío, encontré que para Cuba no sirve casi; para nuestro país, en cambio, puede servir; solamente que hay que usarlo con inteligencia, sin apresuramiento ni embelecocos. Por eso tengo miedo de tratar de describir la ideología del movimiento; cuando fuera a publicarla, todo el mundo pensaría que es una obra escrita muchos años antes.

Mientras se van agudizando las situaciones externas y la tensión internacional aumenta, nuestra Revolución, por necesidad de subsistencia, debe agudizarse y, cada vez que se agudiza la Revolución, aumenta la tensión y debe agudizarse una

vez más ésta, es un círculo vicioso que parece indicado a ir estrechándose y estrechándose cada vez más hasta romperse; veremos entonces cómo salimos del atolladero. Lo que sí puedo asegurarle es que este pueblo es fuerte, porque ha luchado y ha vencido y sabe el valor de la victoria; conoce el sabor de las balas y de las bombas y también el sabor de la opresión. Sabrá luchar con una entereza ejemplar. Al mismo tiempo le aseguro que en aquel momento, a pesar de que ahora hago algún tímido intento en tal sentido, habremos teorizado muy poco y los acontecimientos deberemos resolverlos con la agilidad que la vida guerrillera nos ha dado. Sé que ese día su arma de intelectual honrado disparará hacia donde está el enemigo, nuestro enemigo, y que podemos tenerlo allá, presente y luchando con nosotros. Esta carta ha sido un poco larga y no está exenta de esa pequeña cantidad de pose que a la gente tan sencilla como nosotros le impone, sin embargo, el tratar de demostrar ante un pensador que somos también eso que no somos: pensadores. De todas maneras, estoy a su disposición.

Cordialmente

Ernesto Che Guevara

La Habana, 28 de febrero de 1963
Año de la Organización

Co. Nicolás Guillén,
Presidente
Unión de Escritores y Artistas de Cuba
Calle 17 no. 351
Vedado, Habana

Compañero:

En contestación a su carta de fecha 14, relacionada con el libro *Crónicas de la guerra*, le informo lo siguiente:

Me parece que el título puede seguir siendo el mismo.

Puede hacer lo que le parezca más correcto.

Reciba nuestro saludo revolucionario de

Patria o Muerte

Venceremos

Comandante Ernesto Che Guevara

La Habana, 12 de junio de 1964
Año de la Economía

Ca. Haydée Santamaría,
Directora
Casa de las Américas
Calle G y 3^a
Vedado, Habana

Querida Haydée:

Le di instrucciones a la Unión de Escritores que pusieran ese dinero a disposición de ustedes, como una medida de transacción para no entrar en una lucha de principios que tienen alcances más vastos, por una bobería.

Lo único importante, es que no puedo aceptar un centavo de un libro que no hace más que narrar las peripecias de la guerra. Dispón del dinero como te parezca.

Un saludo revolucionario,
Patria o Muerte
Venceremos

Comandante Ernesto Che Guevara

La Habana, 21 de agosto de 1964
Año de la Economía

Sr. León Felipe
Editorial Grijalbo, S.A.
Avenida Granjas, 82
México 16, D. F.

Maestro:

Hace ya varios años, al tomar el poder la Revolución, recibí su último libro, dedicado por Ud.

Nunca se lo agradecí, pero siempre lo tuve muy presente. Tal vez le interese saber que uno de los dos o tres libros que tengo en mi cabecera es *El ciervo*, pocas veces puedo leerlo porque todavía en Cuba dormir, dejar el tiempo sin llenar con algo o descansar, simplemente es un pecado de lesa diligencia.

El otro día asistí a un acto de gran significación para mí. La sala estaba atestada de obreros entusiastas y había un clima de hombre nuevo en el ambiente. Me afloró una gota del poeta fracasado que llevo dentro y recurrí a Ud. para polemizar a la distancia. Es mi homenaje; le ruego que así lo interprete.

Si se siente tentado por el desafío, la invitación vale.

Con sincera admiración y aprecio.

Comandante Ernesto Che Guevara

Bibliografía

Borrego Díaz, Orlando (compilador), *Che en la Revolución Cubana*, Tomo 1, Editorial José Martí, Cuba, 2013.

Gadea, Hilda, *Mi vida con el Che*, Arteidea editores, Perú, 2005.

Guevara de la Serna, Ernesto. *Ernesto Che Guevara Escritos y discursos*, Tomo 2, Editorial Ciencias Sociales, Cuba, 1985.

_____. *América Latina. Despertar de un continente*, Ocean Sur, Australia, 2005.

_____. *Obras escogidas*, Editorial Resma, Argentina, 2004.

March, Aleida, *Evocación. Mi vida al lado del Che*, Ocean Sur, Australia, 2011.

Revista Contexto Latinoamericano, No. 5, octubre de 2007.

Índice

Nota editorial	7
Poemas	
A los mineros de Bolivia	13
¿Qué más da?.....	15
España en América	17
Una lágrima hacia ti	21
Invitación al camino	23
Uaxactún... dormida	25
Encallado navío	27
Y sembrada en la sangre	29
Quise llevar en la maleta	31
De pie el recuerdo	33
El mar me llama	35
La ciencia que muestra	37
Así cuando este día.....	39
Autorretrato oscuro.....	41
Y aquí.....	43
Despedida a Tomás.....	45
Canto al Nilo.....	49
Palenque.....	53
La Vieja María.....	55
Canto a Fidel.....	59
Mi única en el mundo.....	61

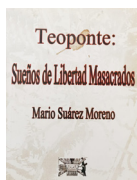
Cuentos

La piedra.....	67
La duda.....	73

Anexos

El cachorro asesinado.....	85
Carta de Ernesto Che Guevara a Ernesto Sabato.....	89
Carta de Ernesto Che Guevara a Nicolás Guillén.....	97
Carta de Ernesto Che Guevara a Haydée Santamaría.....	99
Carta de Ernesto Che Guevara a León Felipe.....	101
Bibliografía.....	103

Otros títulos publicados por la organización



Teoponte: Sueños de libertad masacrados

Mario Suárez Moreno

Relatos de un sobreviviente de la guerrilla de Teoponte (1970), a la que se unió en calidad de dirigente universitario nacional.

114 páginas | 2013



Mi campaña junto al Che y otros documentos

Inti Peredo

Testimonio de Inti Peredo acerca de su experiencia en la campaña de Ñanacahuazú junto al comandante Che Guevara. Incluye dos relatos de militantes y otros documentos del ELN.

202 páginas | 2014



Blanco y Negro, Tomo 1

Movimiento Guevarista

Selección de 45 documentos del Ejército de Liberación Nacional.

372 páginas | 2015



Ejército de Liberación Nacional (ELN) Documentos y escritos (1966 – 1990)

Boris Ríos Brito, Héctor Udaeta Larrazábal, Javier Larraín

Texto con 67 documentos del ELN y un ensayo histórico introductorio.

644 páginas | 2017



Tati Allende. Una revolucionaria olvidada

Marco Álvarez Vergara

Biografía de la hija de Salvador Allende, revolucionaria que vivió con intensidad un capítulo esencial de la historia de Chile y América Latina.

272 páginas | 2019

Che, que no vacilaba en enfrentar al peligro, aunque reservado en lo personal, era un apasionado de la poesía y de la literatura en general, que lo acompañó desde su niñez hasta su último respiro, por lo que la escritura no le fue ajena en ámbitos teóricos y políticos, como en poemas y cuentos.

Lxs Editorxs

